

La fidelidad a la intemperie. Pensar en fidelidad en la Vida Religiosa hoy

P. Eugenio Rivas, SJ

Resumen

Pensar en fidelidad en la Vida Religiosa hoy, tiene esa doble dimensión, pensar en (sobre) ella y pensar en (desde) ella. La fidelidad es obediencia y acogida de una propuesta que nos viene desde fuera, ella es fruto y proyecto de una experiencia de encuentro con “el que nos llama”. Se anima y se nutre en este encuentro y del testimonio de “los otros”, testimonio al que nos aferramos en momentos y situaciones frágiles y ambiguas. Pensar en fidelidad es estar dispuesto/a a perderse, con la esperanza de encontrarse.

Pensar em fidelidade na Vida Religiosa hoje, tem essa dupla dimensão: pensar sobre ela e pensar a partir dela. A fidelidade é obediência e acolhida de uma proposta que nos vem fora, ela é fruto e projeto de uma experiência de encontro com “Aquele que nos chama”. Anima-se e nutre-se deste encontro e do testemunho “dos outros”. Testemunho a que nos aferramos em momentos e situações de fragilidade e ambigüidade. Pensar em fidelidade é estar disposto/a a perder-se, com a esperança de encontrar-se.

1. APROXIMACIÓN

La palabra fidelidad se define en el diccionario como lealtad, observancia de la fe que uno debe a otro, exactitud en la ejecución de una cosa. En latín fidelidad se dice “fidelitas” que es la cualidad de una persona fiel a alguien o a algo. La raíz de “fidelitas” es “fides”, fe, que a su vez se define como confianza y creencia en alguien o algo. El contenido de la fe, aquello en lo que se cree o se confía, puede ser un principio o una persona en que se pone una confianza absoluta o parcial según los niveles de adhesión y convencimiento del fiel o creyente. Estos niveles son los que van a darle la medida a la fidelidad.

La fe en algo o alguien juega un papel de definición de la identidad del sujeto que la profesa, de tal manera que el sujeto acaba no sólo identificándose sino identificando aquello que le merece su confianza y su adhesión. De esta forma el fiel o creyente demostrará su fidelidad en la medida en que reproduce en sí aquello o aquel en que cree. De esto se deduce que la fidelidad supone “con-formarse” (tomar la misma forma, imagen o figura) con un principio o una persona y en la medida en que se es “con-forme” a ello, en que vehicula el objeto de su fe, se dirá que la persona es fiable y veraz.

Para expresar esto de una manera gráfica tomemos algunos pasajes de los escritos paulinos donde el apóstol recoge su experiencia de configuración con Cristo, objeto de su fe: “Pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo que me amó y se entregó por mí” (Gál 2, 20), “Cristo será glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte, pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia” (Flp 1, 20-21), “...Nosotros poseemos el pensamiento de Cristo” (1Cor 2, 16), “Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que tuvo Cristo” (Flp 2, 5), etc.

Si nos fijamos bien en estos pasajes la identidad cristiana no sólo se identifica con Cristo sino que la vida del creyente pasa por un proceso de vaciamiento de sí para dar paso a la realidad que testimonia. Es lo que el evangelio recoge como “negarse a sí mismo” o desde la experiencia espiritual como el “vencerse a sí mismo”. En cualquier caso, la experiencia que lleva a una manifestación de fidelidad supone una negación del fiel en virtud misma del objeto de su fe. Esto que visto desde el exterior o escuchado exteriormente puede sonar a sacrificio¹, entendido en ese uso corriente del término, pero en sentido teológico, el sacrificio es el camino de encontrarse a sí mismo rechazando la ilusión de una “identidad seducida” y que en la práctica es camino de auto-destrucción.

“Negarse a sí mismo”, “vencerse a sí mismo” vienen a recoger la experiencia del que en realidad se ha encontrado, del que ha descubierto las “seducciones” ambientales tocando lo más

profundo de la realidad y desde esta experiencia “mística” es capaz de sacrificarse, de consagrarse entrando en una experiencia de lo divino que, de alguna forma lo diviniza, lo configura con lo divino. Es lo que, a nuestro modo de ver, recogen esas frases de San Pablo que acabamos de citar y que podrían ser complementadas con ese mismo lenguaje paulino de “vida en el espíritu”, “nueva criatura”, “hombre nuevo”, “revestirse de Cristo” o la necesidad del nuevo nacimiento planteado por Jesús a Nicodemo. La fiabilidad de Pablo se fundamenta en el grado de fidelidad con que reproduce eso que él dice creer, en el grado de “con-formación” con Cristo. La persona de fe al confiar y creer se hace fiel y en el orden práctico la cualidad que define al fiel es la fidelidad. Son antónimos de fe, fiel y fidelidad, la increencia, deslealtad, inconstancia, mentira, etc. Sólo por mencionar algunos.

La pregunta que intentamos contestar es: ¿por qué reflexionar sobre el tema de la fidelidad? ¿Cuál es la situación que nos hace plantear la pregunta? ¿Abandonos? ¿Escasez de vocaciones? ¿Cambios culturales y necesidad de nuevas estructuras que sean capaces de acoger, ser mediaciones donde la persona puede realizar a plenitud la radicalidad de su vocación? ¿Crisis de identidad religiosa? ¿Ausencia de una teología y una espiritualidad sólidas sobre la Vida Religiosa?

Estas preguntas guían el hilo de nuestra reflexión. No pretendemos dar recetas; es una reflexión que intenta hacernos pensar y sobre todo entrar en el misterio de la consagración, sacrificio que supone la Vida Religiosa.

2. ¿POR QUÉ REFLEXIONAR SOBRE EL TEMA DE LA FIDELIDAD?

A comienzos de 1995, la Compañía de Jesús, reunida en su trigésima cuarta Congregación General, decidió reflexionar sobre el celibato y aprobar un decreto que llamó “La castidad en la Compañía de Jesús”. Hasta el momento las reflexiones sobre el celibato se habían remitido al número 547 de las Constituciones donde se dice: “Y en lo que toca al voto de castidad no pide interpretación, constando cuan perfectamente deba guardarse procurando imitar en ella la puridad angélica con la limpieza del cuerpo y mente”. Los congregados fueron explícitos cuando dijeron que al tratar el tema no lo hacían por detectar en los postulados recibidos una infidelidad masiva en el voto de castidad, por el contrario se tenía la convicción de que la **inmensa** mayoría de los jesuitas vivía con **gran**² fidelidad su voto de castidad. Sin embargo, los congregados veían como necesaria la reflexión por el impacto que ha tenido en la cultura la llamada “revolución sexual” y dada la consecuente trivialidad o sana liberación del sexo que acarrea esta atmósfera cultural, una reflexión para “reforzar y confirmar” esta fidelidad se hacía necesaria.

En noviembre de 2005, la Unión de Superiores Generales (USG) realizó su asamblea en Roma donde se trató el tema de la fragilidad vocacional en la Vida Religiosa³. La preocupación de los superiores mayores estaba centrada en el tema de los abandonos. Tal como lo dice José María Arnaiz en la presentación del libro: “Tratar el tema de fragi-

lidad vocacional fue desde un comienzo para la USG presentar la doble cara de una moneda: la cara fea, la de las salidas de la Vida Consagrada (VC), la de la infidelidad, la de la fragilidad y del fracaso y la de la decadencia. La cara bonita es la de la purificación, la calidad de la VC, la libertad y la fecundidad. La cara brillante de la moneda nos evoca la vocación como un don, una gracia recibida, una llamada de Dios. La cara más elaborada nos recuerda que la fidelidad es tarea, que supone superar dificultades, buscar nuevos horizontes, caminar en la debida dirección y con buena compañía; la fidelidad hay que cuidarla. En ningún momento se quería hablar de un problema sin solución; ni tampoco ofrecer soluciones fáciles. Se quería ayudar y motivar a restaurar y apreciar la fidelidad. Para ello es importante hacer luz sobre el problema de los abandonos e identificar el proceso contrario: el de las entradas abundantes y espontáneas en la VC que se da en algunos lugares y grupos”⁴.

La pregunta a la que se quiere responder es a la del por qué de los abandonos, identificar sus causas y visualizar posibles salidas. El mismo José María dice que las situaciones a las que se presta atención identifican cuatro grupos de personas: los que salen después de un proceso serio de discernimiento, los que salen y no deberían salir, los que no salen y deberían salir y los que superan las crisis y continúan de manera renovada en la Vida Religiosa⁵. La reflexión es respuesta a una situación percibida como problemática. Se admite que estamos en “*tiempos de fragilidad vocacional, que ello requiere reflexión y fuerza para intervenir y en algunos*

*casos intervenciones purificadoras”.*⁶

Reflexionar sobre un tema tan vital desde el mismo centro del problema no deja de ser desafiante. La objetividad no es la misma cuando se hace desde la necesidad de reforzar, animar y confirmar ante los peligros visibles y reales que acechan la problemática en cuestión o desde la posición de sanar, restaurar, ayudar a apreciar y corregir. Las dos posiciones son necesarias en la coyuntura actual de la Vida Religiosa.

Sin fijarnos en las precisiones estadísticas que revelan las encuestas manejadas por los exponentes, ante la pregunta de por qué se producen tantos abandonos hoy, las causas identificables son: problemas afectivos, problemas psicológicos, crisis de fe, conflictos con los superiores, insatisfacción y cansancio, influencia de la atmósfera cultural, etc⁷.

Nuestra pregunta es si la reflexión sobre el tema de la fidelidad debe estar motivada por la realidad de los abandonos. Los abandonos pueden ser signos de una gran fidelidad, cuando ellos son el resultado de un proceso serio de discernimiento vocacional que deja claro que ha llegado el momento para ellos de abandonar la Vida Religiosa o cuando las personas no encuentran en las estructuras institucionales, en sus símbolos y en su lenguaje un lugar donde puedan ser fieles al llamado. Si nos fijamos bien en los cuatro grupos de personas en los que se centra la atención de la asamblea, podemos decir que son fieles los que se van después de un proceso largo y maduro de discernimiento y los que se quedan superando el momento de crisis. Sin embargo los que se que-

dan y deberían irse y los que se van y deberían quedarse pueden ser considerados como infieles.

El interés por el tema de la fidelidad debería responder, a nuestro modo de ver, al por qué se van los que deberían quedarse y al por qué se quedan los que deberían irse, estos dos grupos son los que mejor representarían la problemática de la fragilidad vocacional. Nuestra aproximación al tema de la fidelidad hoy, intenta responder a esa pregunta sobre todo considerando el grado de dificultad que experimentan los que se quedan y deberían quedarse y vivir las exigencias de una vida sacrificada en el sentido al que aludíamos más arriba.

3. DIFICULTADES

3.1 La cultura ambiente

Zygmunt Bauman, sociólogo de origen alemán, ha acuñado la metáfora de la “liquidez, fluidez” para aprehender la naturaleza de la fase actual de la historia de la modernidad⁸. Tanto la fluidez como la liquidez son cualidades de los líquidos y de los gases. Desde el punto de vista químico los fluidos y los líquidos se caracterizan porque: “no conservan fácilmente su forma... no se fijan al espacio ni se atan al tiempo... los fluidos no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos (y proclives) a cambiarla... Los fluidos se desplazan con facilidad. Fluyen, se derraman, se desbordan, salpican”, “se vierten, se filtran, gotean, inundan, rocían, chorrean, manan, exudan... no es posible detenerlos fácilmente... La extraordinaria **movilidad** de los fluidos es lo que los asocia con la idea de

“levedad”... Asociamos “levedad” o “**livianidad**” con movilidad e **inconstancia**: la práctica nos demuestra que cuanto menos cargados nos desplazamos, tanto más rápido será nuestro avance”⁹.

Si asumimos la frase de Guy Debord de que “los hombres se parecen más a su época que a sus padres”¹⁰ y que lo que caracteriza esta época es justamente la “levedad” o “livianidad”, tenemos que preguntarnos si la fidelidad es posible en la época del cambio y de la rapidez donde, ciertamente, la estabilidad, las paradas, el rumiar, etc., han sido reemplazados por lo instantáneo, “la época de la instantaneidad significa buscar gratificación evitando las consecuencias, y particularmente las responsabilidades que esas consecuencias pueden involucrar. La duración deja de ser un valor y se convierte en un defecto; lo mismo puede decirse de todo lo grande, sólido y pesado... lo que obstaculiza y restringe los movimientos... Cuerpos delgados y con capacidad de movimiento, ropas livianas y zapatillas, teléfonos celulares... pertenencias portátiles y desechables, son los símbolos principales de la época de la instantaneidad”¹¹.

La fidelidad tiene sus exigencias, ella es suscitada en un tiempo y en un espacio; supone unos sujetos capaces de acogerla; supone unas capacidades de renuncia, abnegación y olvido de sí; supone capacidad de memoria y de espera, en fin, supone lo que define la fe, fiarse de otro, dejarse atrapar por “el Otro”. Estos valores no parecen tener resonancia en esta llamada “época instantánea” donde la misma elección por la Vida Religiosa porta siempre el sentimiento de poder “echarse atrás”

“y el conocimiento de esta posibilidad hace aún más desalentadora la tarea de mantener la dirección”¹². Se trata de un rechazo cultural al “para siempre”, al “jugárselo todo a una sola carta” y en este ambiente cultural estamos llamados a ser fieles.

La Vida Religiosa desde sus orígenes ha sido una propuesta de vida contracultural. Esto se entendió en los comienzos como abandonar el mundo (*fuga mundi*), olvidando quizás el precepto primero establecido en el evangelio de estar en el mundo sin ser del mundo. La dificultad de vivir el llamado y de mantener la dirección no pueden llevarnos a establecer su imposibilidad por muy evidente que aparezca en todas las manifestaciones de la cultura. En estas condiciones la fidelidad se postula como un combate que, paradójicamente, no produce víctimas colaterales sino vidas auténticas y que sólo es posible librar de manera permanente y con garantía de durabilidad desde un enraizamiento profundo en “El que llama”.

3.2 Perfil del “nuevo sujeto” religioso: un caso a manera de ejemplo

En una reunión de formadores de la Provincia Antillense de la Compañía de Jesús donde se reflexionó la problemática de la formación, sus retos y desafíos se observaba lo siguiente: “A nivel general **tenemos reducción de vocaciones, gran número de salidas**. Estas salidas son a veces con **poco discernimiento** por parte de los sujetos... Hay una tendencia hacia la individualidad y al mismo tiempo reclamamos de fuertes amistades y de ser amigos. Necesidad de individualidad y a la vez

necesidad de pertenecer a un grupo muy unido, a veces exageradamente. Hay una tensión entre la autonomía versus la dependencia. Al mismo tiempo hay necesidad de más estructuras, pero hay reticencias en el plano práctico y operativo. Tensión entre libertad versus madurez... Existe una tensión entre el uso del lenguaje religioso y las actitudes de la vida cotidiana. A veces se denota una **campante ambigüedad**. Falta el principio de realidad del adulto. Se pueden reclamar fuertes estructuras comunitarias y al mismo tiempo exigir el absoluto respeto de la libertad individual. Hay cosas que se proponen y luego se olvidan rápido. El asunto de la **falta de constancia y de las incoherencias** es un problema de la madurez afectiva. Gran parte de las energías se consumen en asuntos de orden afectivo y de madurez personal. Por eso los asuntos propios de la madurez de la vocación son más lentos pues necesitan de la madurez humana... El tema social no existe, los problemas del mundo no salen frecuentemente en la mesa. Hay camaradería y no tanto responsabilidad compartida. En algunos hay resistencia al cambio. Algunos abandonaron todo proceso y estos mismos piden tanto acompañamiento espiritual como pastillas tranquilizantes... Interesa mucho los símbolos religiosos externos. Hay una fuerte necesidad de identidad externa. Pero internamente hay resistencias para lo gratuito, la generosidad... **El tiempo de la oración se pierde** y la desorganización es abrumante. Dificultad de enfrentar la rutina, lo cotidiano. La voluntad puede caer fácilmente ante el sentimiento árido y adverso. Asumir la monotonía pesa mucho. No hay una fuerte estructura de funcionamiento

frente a la asperidad de la vida... **Rechazo de la Kénosis, del abajamiento, de la generosidad sencilla**, raíz de toda vocación. Es como si no vivieran una meta o un proyecto de Vida Religiosa. No tienen a veces idea de asociarse a los retos, dificultades, crisis, angustias y esperanzas que actualmente vivimos como Vida Religiosa, como Iglesia. Menos aún la idea de asociarse a los sufrimientos y búsqueda de sentido de los hombres y mujeres de este mundo... **Hay resistencias para asumir responsabilidades**... no problematizan la vida, no viven grandes cuestionamientos... Parece ser que Edipo no ha dado el corte materno y Narciso es el imaginario psicológico más fuerte”¹³.

No es difícil identificar en estas reflexiones muchas de las figuras de la “época instantánea”; ellas pueden ser el reflejo de lo que preocupaba a la Unión de Superiores Generales en su congreso sobre la fidelidad vocacional. La pregunta implícita es la de si una persona con estas características es capaz de vivir un proyecto de vida que exige olvido de sí, responsabilidades, vivir la gratuidad, la generosidad pero también el tedio y la rutina. Los formadores eran conscientes de su dosis de sospecha en el análisis propuesto, pero en todos había la intención confesada de querer entender para valorar lo positivo del nuevo perfil vocacional emergente.

Lo más interesante, sin embargo, de este análisis es la reacción de los formandos. Ellos mismos no se identificaban con el perfil propuesto y dejaban relucir en sus comentarios la carga de prejuicios por parte de los formadores

y su dificultad en entenderlos. Quizás, a modo de revancha se quejaban de la incoherencia de los formadores, argumentando que ellos mismos no cumplían lo que pedían o mandaban y que esta falta de modelos de referencia no constituía un incentivo para sus propios itinerarios personales.

Lo que nos interesa, sin embargo, es destacar cómo el análisis que podemos hacer no corresponde necesariamente con la percepción que tienen las personas sobre sí mismas y de la necesidad que habría de hacer encontrar esas dos perspectivas. A este respecto, quisiéramos traer a colación una experiencia personal con un grupo de estudiantes, de jóvenes religiosos. En un curso sobre religiosidad latinoamericana en el Instituto Filosófico Pedro Francisco Bonó de la Compañía de Jesús en Santo Domingo, leíamos el ensayo “fenomenología de las formas ambientales de religión en América Latina” del teólogo jesuita venezolano Pedro Trigo¹⁴. De las muchas formas que propone Trigo, el grupo se sentía identificado con lo que el autor llama “individualismo devoto y compasivo”¹⁵. A grandes rasgos lo que caracteriza a este grupo de personas es: su deseo de aportar su granito de arena para que este mundo sea más vivible; la propuesta cristiana es la oportunidad ideal para actualizar sus energías; esta propuesta le ofrece un lugar en el mundo; las actividades atrayentes son del tipo voluntariado de corta duración y limitada responsabilidad, es su manera de ser fiel a Medellín y Puebla, de concentrarse en un tipo de tarea precisa que no los rebase; realizan su cristianismo en un trabajo altruista en el que ponen a funcionar la devoción, la

simpatía, la misericordia y la solidaridad; se sienten a gusto en la fragmentación postmoderna; no sienten que lo que hacen vaya a cambiar el mundo; su existencia es genérica e impersonal; no se definen como sujetos coherentes y sin fisuras; consideran el pasado como una herencia muy pesada, el futuro es incierto, su fidelidad es al presente, a esos momentos manejables de encuentro y de felicidad. En oposición a este grupo, y al que ellos identificaban con sus familias religiosas, con sus lenguajes y sus documentos, se encontraba la “generación liberadora”. Son los que han hecho opción por el desarrollo humano desde los pobres, entendido como “liberación”; desarrollan la espiritualidad de la “encarnación” con una fuerte dosis de ascética; el discernimiento y el testimonio son el pulso de sus propias vidas, de su razón y de su esperanza.

Es evidente que estos dos grupos de personas están situados en perspectivas y planos diferentes y las consecuencias en el plano práctico tienen que dejarse sentir como un cierto desasosiego que puede llevar al abandono del proyecto de Vida Religiosa. Este sería el caso de los que se van y deberían quedarse. Hace falta establecer un diálogo, hacer encontrar estas dos figuras. Sin este diálogo no es posible hablar de fidelidad con una cierta coherencia. Creemos que por aquí hay un camino a recorrer y que no se puede limitar únicamente a diagnósticos sino que tiene que recorrer el difícil camino del discernimiento, que siempre lleva a decisiones y compromisos, que no siempre estamos dispuestos/as a honrar. De este discernimiento puede salir una “descontaminación” del lenguaje, muchas veces cargado de

prejuicios y negativismos que no nos dejan ver el encanto de quien y/o de quienes encantan este estilo de vida¹⁶.

4. RESPUESTAS AMBIGUAS

Retomando la pregunta conductora de nuestra reflexión de por qué se van los que deberían quedarse y el por qué se quedan los que deberían irse, quisiéramos ahora fijarnos en las respuestas que se dan dentro de los grupos religiosos a la compleja realidad del imaginario cultural. Estas respuestas son llamadas ambiguas porque ellas no tocan el fondo de la cuestión, alivian pero no sanan y, todavía peor, agravan y hacen aún más difícil un diálogo auténtico y discerniente sobre el tema.

4.1 El espejismo de lo religioso

Con frecuencia nos encontramos en nuestros ambientes de Vida Religiosa y en los espacios eclesiales, en general, un cierto entusiasmo fundamentado en el “retorno de lo religioso”. Una de las características de esta época es, ciertamente, un auge de la demanda religiosa. Pero este retorno no puede ser acogido sin sospecha o, por decirlo en lenguaje cristiano, sin discernimiento; él *“podría corresponder a un empobrecimiento del imaginario religioso, a una búsqueda regresiva del contacto inmediato con las potencias sobrenaturales, empatando con el universo pobre del origen y de la magia. Respondería, paradójicamente, a un proceso general de desimbolización que engloba y desborda, en el plano cultural, el movimiento de exclusión social de la religión”*¹⁷.

El retorno de lo religioso por el auge

de su demanda puede hacer aparecer “encantada” la atmósfera cultural con la proliferación de ángeles, movimientos espirituales a la carta, fundamentalismos, etc.; la trascendencia parece estar a flor de piel, se respira, se siente, huele a incienso, pero ellos son “intentos huecos de reencantamiento del mundo”, pueden constituir un espejismo religioso que nos hace ver y encontrar lo que queremos y necesitamos pero que no pasa de ser un alivio fugaz y fácil que evita el proceso largo y doloroso, proceso de negación de sí mismo, de vencerse a sí mismo que supone encontrarse con la verdadera trascendencia y sus exigencias.

Este espejismo de lo religioso puede sugerir o hacernos pensar en el por qué se van los que deberían quedarse. Tendríamos que preguntarnos si estas salidas no corresponden, en alguna medida, a la falta de un espacio serio donde la persona sienta que puede vivir la radicalidad de su llamado y cómo puede al mismo tiempo favorecer la permanencia del grupo de los que deberían irse y se quedan.

4.2 El cálido espacio del “corporativismo”

En esta misma línea del espejismo de lo religioso se encuentra lo que Pedro Trigo ha llamado el “corporativismo”. Es un tipo de respuesta frente a la cual se exige un discernimiento más agudo pues el enemigo se disfraza “bajo apariencia de bien”. La corporativización de la Vida Religiosa se caracteriza por poner el énfasis en lo que identifica a cada familia religiosa, utilización del nombre del fundador o fundadora; celebración de

fechas claves de sus vidas; actualización de sus énfasis y recomendaciones en las diferentes áreas de trabajo, salud, educación, vida devocional; utilización de cachuchas, bolígrafos, franelas con el logo característico, afiches alusivos y otras muchas señas de identidad; el énfasis en lo que distingue la familia es tan desmesurado que lo común cristiano queda relegado a un débil segundo plano; el corporativismo no busca la conversión sino la asunción de un lenguaje, de un estilo, de un aire de familia, de una identidad; se vive en un ambiente cálido de convivialidad efusiva y generosidad dentro del grupo que hacen pensar en una auténtica fraternidad cristiana; todo este carácter corporativo se propone a los colaboradores de manera compulsiva como parte del paquete laboral; el resultado de cultivar este aire de familia provoca gratificación pero no se trasciende de modo abierto.¹⁸

El corporativismo viene a representar esa actitud denunciada por Jesús de los que estaban preocupados por salvarse a sí mismos (*“el que quiera salvar su vida la perderá”*) y de los que buscaban seguridades y confirmaciones en el cumplimiento de la ley (*“¿qué tengo que hacer para ganar la vida eterna?”*). Desarrollar una identidad en contra de una lógica ambiental, representa uno de los desafíos más dramáticos y retardadores de la vida cristiana. En el vivir una identidad con ese talante está en juego el dar testimonio de la trascendencia en la historia.

5. POR UNA FIDELIDAD “NAAMÁNTICA”

No se asusten con la palabra, naamán-

tica viene de Naamán personaje del que quisiéramos valernos para ilustrar a manera de conclusión la última parte de nuestras reflexiones.

En el capítulo cinco del segundo libro de los Reyes se nos narra la historia de Naamán, jefe del ejército del rey de Aram, hombre poderoso pero que tenía lepra. Por una muchachita traída de Israel y que prestaba servicios en su casa se enteró del profeta Eliseo y decide echar suerte. Se pone en camino con toda la parafernalia de un hombre de su puesto, el profeta lo recibe y por mediación de sus criados le recomienda lavarse siete veces en el Jordán para quedar libre de su enfermedad. Naamán reacciona con indignación ante lo mandado: *“Yo que había dicho: ¡Seguramente saldrá, se detendrá, invocará el nombre de Yahvé su Dios, frotará con su mano mi parte enferma y sanaré de la lepra!”* (2Re 5, 11). Ya de vuelta sus criados le convencen de hacer lo mandado, nada se perdía en probar suerte y lo que se mandaba no era difícil. Hecho esto quedó curado.

Naamán tenía una enfermedad, no había podido curarse solo ni con todos los medios de los que disponía. Decide echar suerte con el profeta pero desde ya asumiendo un ritual preconcebido. Ante la sorpresa, simplicidad y novedad de lo que se le pide no puede aceptar que lo que él esperaba que fuera su ritual de sanación haya sido dejado de lado, pero tiene la humildad de probar y de aceptar lo inédito de Yahvé revelado por el profeta. Su alegría y sorpresa fueron grandes.

La fidelidad pasa por esta confianza

fundamental, confianza del que se desarma de todos los análisis y diagnósticos antropológicos, sociológicos, psicológicos y culturales y acepta la novedad de una palabra revelada en el encuentro sencillo y sin pretensiones con las mediaciones donde lo de Dios se revela. Ser fiel es ser obediente a esta palabra, aquí se da la experiencia del negarse a sí mismo, del vencerse a sí mismo, que nos coloca en la dinámica de perder la vida con la esperanza de ganarla.

La fidelidad es posible cuando ella es fruto acogido en la experiencia de encuentro con lo otro y con “el Otro”, cualquier cosa que decidamos hacer o vivir fuera de esta verdadera experiencia de revelación no tendrá peso humano, ni fundamento, ni consistencia personal, ni brío, no provocará entusiasmos de otros, no hablará fuera de la corporación o a los que quieren corporativizarse; por el contrario sólo puede inducir a la infidelidad, a la ambigüedad y a la fragilidad de un proyecto de vida que está marcado desde sus orígenes por la simplicidad y el deseo de autenticidad y sobre todo por el deseo de ser signo de vida verdadera y vida abundante.

La historia de Naamán, tal vez un poco provocadora, merece por lo menos ser explorada como parábola que nos puede ayudar a salir de la pregunta del cómo. ¿Cómo vivir la fidelidad hoy? Este cómo no puede tener respuesta a menos que decidamos hacer lo que podemos pre-concebir sin pasar por la experiencia del discernimiento. El encuentro con “el hombre de Dios” puede guardarnos sorpresas, no lo eludamos, dejémonos sorprender por Él.

Notas:

¹El sacrificio es una palabra sin mucha o con muy poca acogida en el lenguaje y cultura actual. Ella entraña una renuncia o una acción; renuncia a algo bueno y deseable; acción para alcanzar un bien mayor. En el uso corriente del término, sacrificarse puede valer la pena pero no es deseable, lo ideal es poder alcanzar lo que se quiere y desea sin pasar por ninguna renuncia o acción que implique sacrificio. Sin embargo, la palabra sacrificio está ligada a un juego de palabras, en sentido teológico, es lo mismo que: santificar, divinizar, sacralizar o consagrar. Todos estos términos implican relacionarse directamente con Dios, ser introducido en la esfera de lo Sagrado absoluto, de lo Divino o de lo Santo, es decir, en el ámbito de la Divinidad.

²Es interesante el uso de las palabras *inmensa* y *gran*, que transcribo en negrilla, como una manera de reforzar y poner fuera de duda la fidelidad a la castidad.

³Las presentaciones hechas en la asamblea fueron recogidas en un libro que se llamó: *Fidelidad y abandono*. Realidad que interpela a la Vida Consagrada. Disponemos de la versión digital. Cualquier referencia de páginas está tomada de esta versión.

⁴Fidelidad y abandono...p.1.

⁵Cfr. Idem, p.3.

⁶Idem, p.6.

⁷Es interesante en este punto hacer notar que la calidad de la Vida Religiosa de los que se van no difiere de manera notable con la de los que se quedan, así lo hace notar Fr. Lluís Oviedo OFM: “Este dato es muy importante, también porque lo confirman otros estudios anteriores: al menos dos tercios de los religiosos que han abandonado eran considerados por sus hermanos en buena u óptima salud espiritual y de vida fraterna. La conclusión es que, en la mayoría de los casos, los religiosos que dejan la Vida Consagrada no son peores que los que perseveran; en muchas ocasiones son incluso buenos religiosos, si se toman en consideración los indicadores de la vida de oración, de la vida fraterna y del compromiso pastoral o misionero... Este resultado debería hacernos pensar a la hora de diseñar políticas de ‘contención de daños’”. Lluís Oviedo, *Acercamiento a la realidad de los abandonados en Fidelidad y abandono...* p.33.

⁸Las obras del autor donde se recoge esta metáfora aparecen publicadas por el Fondo de Cultura Económica: *Modernidad Líquida*, 2002; *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, 2003; y en *Paidós*, *vida líquida*, 2006 y *Miedo líquido*. La sociedad contemporánea y sus temores, 2007.

⁹Modernidad líquida, p. 7 y 8. Subrayado nuestro.

¹⁰Guy Debord, *Comments on the Society of the Spectacle*, trad. de Malcolm Imrie, Londres, Verso, 1990, p. 13 [traducción castellana: *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona, Anagrama, 1990]. Citado en *Modernidad líquida*, p. 138.

¹¹Modernidad líquida, p. 137.

¹²Amor líquido, p. 48.

¹³Proyecto de formación de la Provincia Antillense en República Dominicana, pp. 34 y 35. Subrayado nuestro.

¹⁴El ensayo aparece publicado en, “Problemas de filosofía de la religión en América Latina. De la experiencia a la reflexión”. Compiladores, Vicente Durán Casas, Juan Carlos Scannone y Eduardo Silva. Equipo Jesuita Latinoamericano de Reflexión Filosófica, Bogotá, 2003, pp. 37-121.

¹⁵Idem, pp. 59-67.

¹⁶A propósito del encanto, ver la obra de José María Arnáiz, ¡Que ardan nuestros corazones! Devolver el encanto a la vida consagrada, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2007. Tenemos que cuidarnos de un cierto lenguaje cargado de negativismo producto muchas veces de la falta de ardor en nuestros corazones y de

nuestra propia incapacidad de ver la realidad en su dimensión más profunda donde Dios siempre trabaja.

Hay que cuidarse del lenguaje “la palabra ejerce una función de agente contaminante... la verbalización penetra en la composición de la estructura misma de la experiencia vivida”, Jean Starobinski, “Le concept de nostalgie”, en *Revue Diogène*, Une anthologie de la vie intellectuelle au XXe siècle, PUF, pp. 150 y ss. Citado en *Miedo líquido*, pp. 70-71.

¹⁷ Danièle Hervieu-Léger, “Renouveaux émotionnels contemporains. Fin de la sécularisation ou fin de la religion ? en, *De l’émotion en religion. Renouveaux et traditions*, sous la direction de Françoise Champion et Danièle Hervieu-Léger, Centurion, Paris, 1990, p. 241.

¹⁸ Cfr. Pedro Trigo, “Mística y profecía en la vida religiosa”, *ITER*, 35 (2004), pp. 113-117.

